SOBRE EL POEMA DE RASCH ISLA

Bogotá, julio 19 de 1925.

Señor don Miguel Rasch Isla.—S. M.

Estimado amigo:

Créame usted que he sentido un delicioso regocijo espiritual con la lectura de su bello poema *La Visión*. Considero que usted tiene una enérgica contextura de batallador, porque no es poco, a la verdad, presentarse sin miedo, ostentando una hermosa forma de arte verdadero, entre esta abigarrada procesión de sabios de folletín y artistas *a la polka*. Usted sabe que así como en economía política la mala moneda desaloja a la sana, en literatura la pirotécnica poética acaba por reducir al silencio las flautas encantadas de los discípulos de Apolo.

La poesía es obra de recogimiento, sabiduría y humildad. Para poder llegar a la cumbre en donde los amados del dios vagan entre bosquecillos de laureles, es preciso haber meditado mucho, haber tanteado mucho, haber estado en íntimo contacto con las variadas y sutiles formas de la belleza, hasta darles vida en el mármol, en el lienzo o la estrofa. A todo arte precede, además, una técnica, sin la cual es imposible realizar obra acabada y duradera. Antes que la estatua es la maqueta, de lenta elaboración; antes que la pintura, las doctas combinaciones de la escala cromática; antes que la sinfonía, el conocimiento del teclado; antes que el producto poético, antes que todo arte, la lectura constante en el libro de la naturaleza y en el del corazón humano.

Ninguna de estas cosas necesitan los expendedores sin cuento de los formularios baratos de la nueva estética. ¿Será verdad que el genio no necesita de preparación intelectual y artística ninguna? Aunque tal no

es la opinión admitida, concédamosela a estos engreídos forjadores de los nuevos cánones artísticos. Son genios esporádicos, pero al fin y al cabo genios. De los primores que han nacido haciendo, bien se podría decir lo que de los infantiles milagros de san Antonio de Padua dice una devotísima novena:

¡Si esto obrabas en pañales,
Qué sería cuando crecido!

Los tercetos de su poema son muy hermosos, al igual de los de Núñez de Arce y no inferiores a los de los Argensolas. El terceto es estrofa de muy difícil manejo, y por eso se ha llamado verso noble. El poeta tiene que escribir en verso, aunque haya poemas en prosa, y la obra artística consiste en vencer las dificultades de la rima. Esas líneas largas unas y cortas otras, no sujetas a medida, podrán ser lo que usted quiera, menos versos, y sólo por una corrupción de las ideas puede llamarse poeta al que las emplea. Los más grandes poetas se han distinguido por el dominio perfecto de la rima, del verso y de la estrofa, hasta imponerles su pensamiento, y no al contrario.

La poesía es cosa trascendental. Su esfera de acción entra en los dominios de lo absoluto, y no pueden confundirse con ella las sonoridades silábicas desprovistas de ideas. Sólo alcanzan el beneficio de la traducción a otra lengua aquellas producciones poéticas en que, bajo el velo transparente del arte, se esconden hondos y bellos conceptos. Según el precepto de Horacio,

Scribendi recte sapere est et principium et fons.

Los más eximios poetas han sido también los más grandes pensadores con que se honran las porciones más selectas de la humanidad, y el excelso dón de la poesía no es concedido sino a muy pocos mortales. La virtud educadora de la poesía no ha sido negada nunca y por eso al verso se ha confiado siempre la transmi-

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

sión de la herencia patriótica, en cada pueblo, y el genio de la nación y de la raza. La poesía es también el vehículo sagrado del tesoro religioso en todas las agrupaciones humanas. De aquí proviene mi profundo respeto y veneración por este arte, que por su aristocracia sólo es, y debe ser, el patrimonio de muy escasos elegidos.

Su poema plantea un problema: ¿Se puede vivir sin fe, sin esperanza? La solución negativa se impone. En un arranque de elocuencia Papini proclama el postulado de que para la vida del hombre son sólo necesarios el pan, la salud y la esperanza. El pesimismo absoluto apenas se puede concebir como una mera teoría, excelente para las disputas de los filósofos, pero nada más. No se pueden leer sin profunda emoción los lúgubres cantos del negro cisne de Recanati:

....Ben sento
In noi di cari inganni
Non che le speme, il desiderio e spento.

Es querer arrojar del corazón el único bien que no perece: la esperanza. Sin embargo, Leopardi mismo juzgaba que el mundo tenía cosas bellas, por lo menos el amor y la muerte. El culto del arte y el anhelo de la inmortalidad jamás se extinguieron en él, y por eso con puro buril griego esculpió himnos como *Alla primavera,* en que quizás por última vez el mundo escuchó, traídos por él, los dulces y lejanos cantos de la poesía helénica.

Usted tiene que convenir conmigo en que la única esperanza confortante y eficaz es la esperanza en la vida futura, según el concepto cristiano. Todo lo demás son vanos sueños sin consistencia: la sombra de otra sombra. Se me dirá que hay un culto para los hombres sin creencias religiosas: el culto de la humanidad. Menguado culto me parece. Al fin y al cabo el concepto de humanidad es un mero arquetipo de la inteligencia, y su más noble sacerdote, Augusto Compte, terminó orando humildemente ante el retrato de Clotilde de Vaux, resumen y compendio de un amor metafísico y extraño. Y para fin y remate, el juicio de la posteridad, la última sentencia del culto de que hablamos, a más de ser tardío, suele ser injusto, vano e inconsciente. Se me dirá que hay otros devotos del culto de la humanidad, como Stuart Mill, y a ello responderé que me inspira lástima ese ejemplo, y que no hay cosa más triste e infecunda que las *Memorias* de este melancólico positivista.

Ante el problema de las causas finales, no hay más que un dilema: el infinito o la nada después de la muerte; y es imposible poner de acuerdo lo infinito de nuestro corazón en sus aspiraciones inmortales, y la noche eterna del no ser. Por eso decía Pascal que el hombre se espantaba de verse como suspendido en la masa que la naturaleza le había dado entre los dos abismos de lo infinito y de la nada, de los cuales distaba por igual. Y es que impelidos por nuestra propia conciencia rechazamos la nada, de la misma manera que los cuerpos le tienen horror al vacío, según la expresión antigua.

Bien haya usted que canta a la esperanza, y que la tiene. Temas como éste son los únicos de la poesía. ¿Que el arte como usted lo profesa es arcaico? En buena hora. La belleza posee formas que no marchita el tiempo ni están sujetas al voluble juicio de la moda y de la necia fatuidad. Es preciso oponer resistencia al mal gusto, y el que está seguro de su fuerza, como usted, nada tiene que temer de los gitanillos de la literatura.

Soy de usted atento servidor,

LUIS MARIA MORA

Universidad del Rosario | Archivo Histórico